

Francisco Villaespesa

Al fin ha descansado de su larga y fatigosa carrera este poeta, que conoció todo el mundo español. Como un trovador de los siglos medios, peregrinó por diversos países, sin más equipaje que su lira, ni otro caudal que su genio. Dejó en cuantos le conocieron un simpático recuerdo y un interés compasivo por el bohemio incurable, que transportaba consigo a su familia en sus largas peregrinaciones, que ganaba dinero y lo dejaba ir de las manos como si desconociese su valor. Muy español en esto, como en todo.

Villaespesa fue un segundo Zorrilla, menos grande que el primero y nacido en época menos propicia. Porque Zorrilla apareció en plena revolución romántica, renovadora de las viejas tradiciones y leyendas y del espíritu nacional en la literatura; y como todo esto estaba de acuerdo con su genialidad, fue el insuperable intérprete del alma de su raza. Villaespesa surgió en un momento de transición, cuando una escuela moría y otra apenas se iniciaba, dando en España pasos vacilantes e inciertos. Se vio incluido en el grupo, llamado decadente o modernista sin ser él otra cosa que un poeta a la española, como lo era Salvador Rueda, algo mayor que él y que figuró como satélite de Rubén Darío. Ni Rueda, ni Villaespesa, tienen nada que ver con el arte de Verlaine o de Rimbaud: son poetas plásticos y coloristas; no buscan en sus versos la música vaga de la poesía verlainiana, sino el ritmo sonoro y metálico, casi sensual de la musa de Zorrilla. Rueda, al comienzo del movimiento modernista, escribió un libro titulado "El ritmo", que no es un trabajo científico, cosa que no estaba al alcance de su ilustración deficiente pero que contiene observaciones agudas de un artista que conoce el instrumento, que maneja y aspira a sacar de él nuevas notas armónicas.

Tanto Zorrilla como Villaespesa volvieron sus ojos a América, cuando vieron cerrarse su porvenir de brillantes éxitos en España. El autor de "*Don Juan Tenorio*" residió.

muchos años en Méjico, en la corte del infortunado emperador Maximiliano, y como recuerdo de ese viaje queda un poema poco conocido, que se titula "*El Drama del alma*", en el cual hay bellas estrofas, descriptivas de paisajes y costumbres del país y estrofas de amargo sabor contra el carácter mejicano. Villaespesa residió también en Méjico y a ese bello país debe una de sus mejores inspiraciones, el "Canto a Guadalajara", que compite con el dedicado a Granada y vivirá tanto como él. Pero visitó además el resto de América demostrando prácticamente que hay una Hispania espiritual, no sometida a los vaivenes de la política, ni a los cambios de la fortuna.

Si Villaespesa fue, en la plenitud de su talento, el lírico más español y más vigoroso de la Península, también figuró entre los más notables cultivadores del drama poético. A fines del siglo pasado parecía que el verso iba a desaparecer de la escena. Tanto en Francia como en España era casi exclusivo el uso de la prosa. Cuando apareció Edmond Rostand y en una sola batalla hizo triunfar la forma poética en la maravilla de su "*Cyrano de Bergerac*". Y volvió a usarse el verso en España para los temas que lo comportan, tales como al drama histórico y legendario que en sí mismo lleva elementos poéticos. Escribió para la gran María Guerrero, "*La Leona de Castilla*", y cuantos la vimos en Bogotá, pudimos admirar con cuánta energía y fuego de alma encarnaba la ilustre actriz a la viuda de Padilla. Este drama no siempre es fiel a la historia, pero tiene más vida y más movimiento que la lánguida tragedia pseudo clásica de Martínez de la Rosa sobre el mismo asunto. El viaje de Villaespesa a Bogotá y a Caracas le inspiró la idea de escribir una trilogía sobre Bolívar. No llegó a realizar de tan hermoso proyecto sino únicamente la primera parte, de efecto dramático dudoso, pero que tiene un magnífico preámbulo, cuya escena se desarrolla en el Monte Sacro de Roma.

Villaespesa fue un poeta muy fecundo. Su obra comprende muchos volúmenes, ya de poesías sueltas, ya de

teatro. Era más lírico que dramático y más colorista que psicólogo. Sufrió la influencia de poetas americanos, no sólo la de Darío, sino también la de Silva y Arciniegas, cuya poesía EN COLONIA, imitó claramente. Pero tiene su nota propia e inconfundible, como la tiene Juan Ramón Jiménez como poeta elegíaco y vagamente melancólico, y Gabriel y Galán como cantor vigoroso del terruño y de la vida familiar en el seno de la naturaleza.

Ha descansado el poeta de su larga y dolorosa peregrinación sobre la tierra. Sobre su tumba vivirán siempre, como flores inmarcesibles, unas cuantas poesías que llevarán su nombre a la posteridad.

ANTONIO GOMEZ RESTREPO,
Consiliario y Profesor de *Autores*
Clásicos en este Colegio Mayor.

